

No Hay Cristianismo Sin **FIESTA**

Martyn Lloyd-Jones



“Así ha dicho Jehová de los ejércitos: El ayuno del cuarto mes, el ayuno del quinto, el ayuno del séptimo, y el ayuno del décimo, se convertirán para la casa de Judá en gozo y alegría, y en festivas solemnidades. Amad, pues, la verdad y la paz.” —Zacarías 8:19

El verdadero significado del mensaje que contiene este texto solo se puede entender y valorar si tenemos en mente el contexto y la ocasión exacta en que se pronunció. No hay nada que tienda a privarnos tanto del beneficio pleno de algunos de los pasajes más grandes de la Santa Escritura como la tendencia actual a dudar y cuestionar la historicidad y el trasfondo histórico, y a decir que los hechos en sí y como acontecimientos históricos no importan en un sentido u otro mientras recibamos el espíritu del mensaje y su enseñanza. Esa es la postura que a menudo se ha adoptado en los últimos cien años. «La historia del Antiguo Testamento —dicen los críticos— no

solo puede ser errónea sino que a menudo lo es, pero eso no supone diferencia alguna mientras asimilemos el mensaje y la enseñanza».

Ahora bien, esa actitud lleva a que perdamos la verdadera grandeza del mensaje. Porque la Biblia no es un libro romántico o una novela que simplemente retrate e imagine ciertas situaciones y dificultades y luego las resuelva por medio de alguna palabra de ánimo. Es infinitamente más grande. Es un relato de hechos auténticos, de acontecimientos y sucesos. Esto es de vital importancia para nosotros. Cuando leemos una novela o una historia tendemos a decir: «Ah, sí, todo eso es maravilloso, pero no forma parte de la vida ni sucede en la vida. Está bien como idea, pero es imaginario, no es real». Y con respecto a la novela y la película es una crítica perfectamente válida. Pero, cuando se trata de la Biblia, es completamente falso: porque aquí tenemos acontecimientos históricos, relatos de lo que ha ocurrido realmente. Sacude mi fe en los hechos y sacudirás mi fe en las enseñanzas. No sirve de nada presentarnos la salvación con que Dios está dispuesto a liberarnos en términos de su liberación de los hijos de Israel de Egipto si ese acontecimiento es pura fantasía. ¿Los liberó o no? ¿Obró esos milagros a través de Moisés o no lo hizo? ¿Dividió el mar Rojo y habló desde el monte Sinaí? ¿Dividió el Jordán e hizo que las murallas de Jericó se derrumbaran milagrosamente? Estas preguntas son vitales, y solo en la medida que aceptemos estos relatos como hechos tienen algún valor para nosotros como indicaciones e ilustraciones de lo que Dios está dispuesto a hacer y puede hacer por nosotros. La historia es fundamental, y en ningún lugar es tan cierto como en este texto.

Aquí, el mandato a este pueblo es que convierta sus días de ayuno en días de gozo, felicidad y alegre festividad. ¿Cuándo se dio? Como demostraré, el momento y el contexto exactos son de vital importancia. Este mensaje fue dado por medio del profeta Zacarías, que es uno de los llamados profetas postexílicos. Sus palabras iban dirigidas al remanente de los judíos que habían regresado a Jerusalén de su cautividad en Babilonia. Podemos recordar los hechos. A causa de su pecado y su desobediencia

a Dios, los judíos, tras multitud de advertencias, habían sido atacados y derrotados por las fuerzas de Babilonia. Su ciudad había sido saqueada y destruida, y ellos mismos habían sido llevados cautivos y como esclavos. Su Templo había sido demolido y todo su antiguo poder y su gloria se habían desvanecido. Comprendiendo esto, en Babilonia habían introducido estos distintos días de ayuno mencionados en el texto. El primero es un recordatorio de la conquista de Jerusalén, el segundo es un recordatorio del día en que fue destruido el Templo, el siguiente para conmemorar con vergüenza el vil acto de traición contra uno de sus mejores hombres, y el último para recordar el día en que comenzó el sitio de Jerusalén.

Permanecieron en Babilonia durante setenta años de tristeza, remordimientos y arrepentimiento. Y luego, en su momento y a su milagrosa manera, Dios intervino tal como lo había prometido y los liberó. Abrió un camino mediante el cual todo aquel que lo deseara podía volver a Jerusalén, y un remanente del pueblo lo hizo. Y aquí los encontramos, de vuelta a Jerusalén, rodeados en un sentido de ruinas y dificultades. ¿Qué habían de hacer con respecto a aquellos ayunos que habían mantenido durante su cautividad? La respuesta se ofrece en este texto. Esta es la Palabra de Dios para ellos. ¿Puedes comprender su significado? ¿Captas su verdadero sentido? Considerémoslo juntos recordando lo que ya he dicho, esto es, que aquellos ayunos quedan constatados junto a toda la Escritura a fin de que, como dice Pablo, sean de utilidad (cf. 2 Timoteo 3:16). Lo que Dios dijo aquí a estas personas a través de Zacarías lo ha dicho y nos lo sigue diciendo de manera aún más gloriosa en su Hijo, Jesús de Nazaret. El gran mensaje del evangelio de Dios es esencialmente el mismo en el Antiguo Testamento que en el Nuevo. La única diferencia real entre ambos es simplemente la forma de expresarlo: borrosa y difuminada en el Antiguo Testamento y alta y clara en el Nuevo. ¡Qué agradecidos debiéramos estar a Dios por vivir en la dispensación del evangelio! ¿Pero es así? Depende de si comprendemos y creemos lo que el evangelio tiene que decirnos. ¿Qué es? Podemos responder a la pregunta haciendo las siguientes observaciones:

1. El efecto último que produce el evangelio en su relación con los hombres es felicidad y un espíritu de gozo. Digo «efecto último» porque, tal como demostraré, es de vital importancia comprender que este no es el único efecto producido por el evangelio o ciertamente su efecto o interés más inmediato. La felicidad, el espíritu de gozo y regocijo fruto del evangelio son productos finales. Son el resultado directo de otra cosa. Ahí es donde difiere desde un principio el evangelio de todas las sectas que ofrecen felicidad a los hombres. Se preocupan únicamente de la felicidad. Ese es el único objetivo y propósito que tienen en mente y van directamente a esa cuestión. El evangelio está interesado principalmente en otra cosa. Su preocupación es la justicia y la verdad, así como proporcionarnos una relación adecuada con Dios. La felicidad y la alegría solo pueden llegar tras cumplirse estas condiciones básicas. Pero al darse estas, y en concordancia con sus leyes y caminos, el evangelio tiene el propósito de hacernos felices y alegrarnos. Es vitalmente importante que comprendamos la naturaleza exacta de esta propuesta y veamos que es esencialmente positiva. Lo que se propone a los hijos de Israel en este texto no es una mera reducción de los días de ayuno, ni tan siquiera el fin de esos días de ayuno en su totalidad, sino algo que está infinita y gloriosamente por encima de eso. No deben acabar simplemente con el ayuno, deben comenzar a hacer fiesta y regocijarse. Lo que se propone no es meramente que sean algo menos infelices y desgraciados, sino que sean activamente gozosos y felices. Ciertamente, el evangelio afirma en todas partes que solo él puede hacernos verdaderamente felices:

*Gozo fundamentado y placeres duraderos
solamente los conocen los hijos de Sion.*

Ahora bien, no cabe duda alguna de que una declaración como esa suscita gran extrañeza y sorpresa en la mayoría de las personas en la actualidad, dado que su concepto del evangelio y la religión es extrañamente distinto. Supongo que la idea más común con respecto a la religión es que hace desgraciadas e infelices a las personas: se considera como algo que se interpone entre nosotros y cualquier cosa

que haga que la vida sea alegre y agradable. La mayoría de las personas que rechazan la religión con desprecio lo hace porque la considera algo que convierte la vida en poca cosa, aburrida y carente de interés; algo que limita la vida y coarta la experiencia propia y su disfrute completo; algo que impide todo lo que proporcione vida en un sentido real. Se concibe como una idea que nos hace afrontar perpetuamente los hechos de la muerte y la tumba y nuestra vida y existencia futuras, pero que no tiene nada que darnos u ofrecernos ahora. Por eso se dice que la religión está bien para los viejos que ya han tenido su momento y que, habiendo perdido su salud y vigor, no les queda ya más que morir. Adoptar, pues la religión cuando se es joven es envejecer prematuramente y privarte de la verdadera dulzura de la vida. Pero no me hace falta explayarme. A todos nos resulta familiar esa idea. Debido a que consideran la religión como algo que hace la vida aburrida y triste no solo rechazan las conversaciones religiosas sino que consideran que es una cuestión solo apta para las bromas y el desprecio. No hay ningún epíteto que se esgrima más a menudo contra los cristianos que la palabra «amargados». La mayoría de las personas considera abandonar la religión al alcanzar una cierta edad como un acto de liberación y emancipación. Para tales personas, oír que la propuesta del evangelio es convertir nuestro ayuno en fiesta y regocijo es confrontarles con algo que consideran completamente increíble.

Hay otros a quienes resulta igualmente increíble por una razón diferente. La verdadera propuesta y el objetivo último del evangelio es una sorpresa no solo para los irreligiosos sino también para gran número de personas que son religiosas y creen en la religión. Me refiero a un gran número de personas que acuden a la religión en su necesidad y sus problemas. Pueden haberlo hecho por múltiples razones. Puede que, como resultado de un proceso de reflexión, hayan visto el absoluto vacío de la anterior postura que acabamos de describir. Su inteligencia sola, o su conocimiento de la historia y de la vida, les ha mostrado que existe un elemento trágico en la vida y que esta en sí, lejos de ser una nimiedad por la que pasamos a la ligera, es más bien una lucha y contienda que requiere todas nuestras fuerzas y nuestros recursos. O puede que la propia experiencia de la vida les haya llevado a esa conclusión a pesar

de ellos mismos y sus ideas. Llegan la enfermedad, los problemas, la prueba, la amargura, la aflicción y la muerte y, en su desesperación y debilidad, se dirigen a la religión. No había otra cosa que pudiera ayudarles, de modo que se dirigen a esto. ¿Por qué? Para consolarse, tranquilizarse y recibir ayuda. ¡Pero desgraciadamente no van más allá! o más bien, no ven más allá. Para ellos, la función y el propósito de la religión es aliviar nuestras penas, consolarnos en nuestra tristeza, salvarnos de la desesperación absoluta y quizá del suicidio, y proporcionarnos semana tras semana nuevo coraje y fortaleza para afrontar la agotadora tarea de vivir. En una palabra, la función de la religión es generar en nosotros un estado de resignación tranquila y satisfecha. No quiero ser injusto con esas personas y con tal idea. Lo que quiero decir es que esta corrupción de la religión es tan errónea y falaz como la del primer grupo que hemos tratado. Para este segundo grupo, la religión sigue siendo algo puramente negativo. No la consideran, tal como hacen esas otras personas necias e ignorantes y superficiales, como algo que en realidad hace desgraciadas a las personas. No, ¡la vida ya ha hecho eso por ellos! Agradecen cualquier cosa procedente de la religión que les ayude a ahogar su desdicha y a calmar de algún modo su pesar.

Pero el concepto sigue siendo puramente negativo. La religión solo alivia la tristeza, mitiga meramente el sufrimiento. No transforma la vida, simplemente ayuda a hacerla soportable y factible. O, como dice nuestro texto, se queda en reducir el ayuno o abolirlo: no pasa a proclamar fiesta y regocijo. Y, sin embargo, eso es precisamente lo que el evangelio propone y ofrece hacer. Su afirmación no es que puede mejorar la vida, sino que puede cambiarla, revolucionarla y transformarla por completo. El ayuno debe convertirse en fiesta y la tristeza en alegría.

¿Por qué está tan difundida esta falsa idea de la religión? ¿Por qué se pierde de vista su verdadera gloria? No cabe duda alguna de que existen principalmente dos respuestas a esa pregunta. Una es que las personas insisten en juzgar la religión por lo que ven en algunos de sus peores y más ignorantes exponentes: existe esa

constante tendencia fatal a confundir la religión nominal y la mera respetabilidad con el cristianismo verdadero.

Pero quizá la causa real deba atribuirse a una completa ignorancia de lo que la Biblia dice verdaderamente. Hoy en día, las personas hablan acerca de la Biblia sin haber llegado a leerla. La rechazan sobre la base de lo que han leído en otro lugar y en todas partes excepto en el propio Libro. Abramos la Biblia y escuchemos su tesis. Leámosla de principio a fin y hallaremos por todas partes que ofrece como su efecto último la felicidad, la alegría y la paz. Ciertamente, el mayor insulto que se puede hacer al santo nombre de Dios es señalar que desea nuestra desdicha y que obedecerle y vivir la vida que quiere que vivamos es el camino directo a la infelicidad. No, él es el Padre. Él ama a sus hijos y no le satisfará nada excepto ver a sus hijos felices y con gozo. Y él ha creado un camino para que eso se lleve a cabo, como saben todos los que lo aceptan. Escuchemos al salmista celebrando esa experiencia y aún más a todos los santos del Nuevo Testamento en el libro de Hechos y en las distintas Epístolas. Observémoslo en las vidas e historias de los santos. Ciertamente, podríamos ir más allá y decir que Dios no solo desea que seamos felices, sino que nos lo ordena. Este texto era un mandato para estos judíos exactamente de la misma forma que Pablo ordena a los filipenses que se regocijen en todo momento, aún en los problemas y en las tribulaciones. En otras palabras, esto es tan esencial en toda la enseñanza de la Biblia que debemos considerarlo como la prueba concluyente de nuestra profesión. Un cristiano no es meramente alguien que es un poco menos desgraciado de lo que era. Es alguien que se regocija. Nuestro Señor, en sus últimos discursos, dijo a sus discípulos —y a través de ellos a todos los que le siguen desde entonces— que su tristeza se tornará felicidad, y que los tratará de tal forma tras su muerte y resurrección que «se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo» (Juan 16:22). Por otro lado dice: «Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido» (Juan 16:24), y «en el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo» (Juan 16:33). Eso es lo que ofrece: alegría auténtica a pesar de todo. ¡No algo menos de tristeza y un poco de consuelo, ayuda y fortaleza, no una mera modificación del ayuno, sino convertir el ayuno en

fiesta! No nos exhorta meramente a estar tranquilos, a ser fuertes, a resignarnos a la dura tarea de vivir con fortaleza y resignación estoica. Nos ofrece victoria, triunfo y gozo. Representar, pues, a Cristo y su religión como algo que ofrezca menos que eso y llamarnos cristianos poseyendo y experimentando cualquier cosa por debajo de eso es ser falsos con él y su causa. No solo se supone que el cristiano debe ser feliz, ¡se le ordena que sea feliz! La afirmación del evangelio es que solo él puede hacernos felices a pesar de la vida, a pesar de todo. ¿Es eso cierto en tu vida? ¿Lo has experimentado? ¿Lo conoces? Si no es así, ¿por qué no?

2. Podemos ayudar a responder a esa pregunta considerando el tipo de persona en la que el evangelio produce este efecto último de la felicidad. En una palabra, es solamente en aquellos que han sido desgraciados. ¡Solo aquellos que han ayunado reciben el mandato de la festividad! No hay ningún sitio donde la historia exacta sea más importante que en relación con estos ayunos y debemos recalcarlo porque es precisamente aquí donde muchos se extravían y, en palabras de Pedro, «tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición» (2 Pedro 3:16). Porque este mandamiento de ayunar y regocijarse no se hace indiscriminadamente a cualquiera; y no se hace para cualquier tiempo. Las promesas de Dios siempre tienen condiciones vinculadas y los hombres no obtienen la bendición debido a que pasan por alto esas condiciones. Aquellos que convierten la felicidad en la condición primordial de su vida nunca la encuentran verdaderamente, y aquellos que se acercan a la religión primordialmente para recibir consuelo nunca experimentan la felicidad plena del evangelio. Solamente aquellos que habían pasado por el ayuno recibían el mandamiento de regocijarse y convertirlo en festividad.

Permítaseme expresarlo de manera clara e histórica en el caso de los hijos de Israel. Leamos las profecías de Isaías anteriores a la cautividad así como las profecías de Jeremías, Ezequiel, Oseas, Joel y todos los que profetizaron antes de la cautividad. ¿Mandan al pueblo que hagan celebración y se regocije? ¿Se les ofrece la felicidad? Cualquiera que conozca los escritos de estos profetas aun de manera superficial sabe

que ese no es el caso. El mensaje al pueblo antes de Babilonia es de ira y condenación. Es el vaticinio del desastre y la condenación que pende sobre ellos. Es cierto que en ocasiones hay llamamientos y exhortaciones, en algunos casos en los términos más tiernos y afectuosos que se puedan encontrar en toda la Biblia; pero en cada caso, junto con el ofrecimiento de perdón está el llamamiento al arrepentimiento y al abandono de su pecado. Pero el pueblo no quería escuchar. Prosiguieron por su cauce pecaminoso y desobediente, y la Palabra de Dios, la carga de Dios, se fue haciendo más amenazante hasta que finalmente sobrevino el desastre, fueron llevados cautivos y la ciudad y el Templo fueron destruidos. Las personas comprenden demasiado tarde su pecado y necesidad. Ven entonces la locura de no hacer caso a Dios y adorar a los ídolos y reconocen cómo han quebrantado la ley y pecado contra Dios. Despiertan a su verdadero estado. Lo que la predicación y los llamamientos de los profetas no habían conseguido, pronto se produjo al encontrarse junto a los ríos de Babilonia. ¡Sí! Allí se lamentaron al recordar Sion y colgaron sus arpas de los sauces (cf. Salmo 137:1, 2). Como el hijo pródigo, ellos mismos se encontraron en tierra extranjera y comprendieron su pecado y necesidad. Y fue a la luz de eso cuando instituyeron los días de ayuno. Aun esto, les dice el profeta, no fue tan profundo como pudo y debiera haber sido. Aun entonces estaban más preocupados por su sufrimiento que por su pecado, pero hasta cierto punto lo habían visto y admitido. Luego llegaron la liberación y el regreso a Jerusalén y solo entonces Dios se dirigió a ellos con palabras como estas; y, aun aquí, observamos que además del ayuno y la promesa hay una severa advertencia y una exhortación ética.

El cumplimiento de las oraciones más misericordiosas y gloriosas en todos los profetas, todas esas magníficas promesas evangélicas, se refieren a Judá tras su cautividad. Esta es una cuestión vital para la verdadera comprensión del evangelio. El arrepentimiento precede al perdón, y solo aquellos que se han entristecido a causa de su pecado reciben la misericordiosa Palabra de Dios en Cristo ofreciendo perdón, felicidad y paz. La manera directa de llegar a la cetebración es el ayuno previo; es siempre la «tristeza» convertida en «alegría» por la intervención de Cristo.

Comprendamos este hecho con claridad. Solo aquellos que lamentan sus pecados pueden experimentar el gozo de la salvación; y, como ya hemos visto, es dudoso que exista tal cosa como salvación sin gozo de la salvación.

Ahora bien, puede que intentemos evitar el ayuno y los problemas diciendo que ese no es un principio universal, sino algo cierto solo de algunos tipos de persona. Están aquellos que argumentan que únicamente experimentan este gozo los que han cometido crímenes violentos y luego experimentan una conversión dramática. No es para todo el mundo —piensan—, y ciertamente no es para personas criadas en la religión y que nunca han pecado gravemente. Suponen que el arrepentimiento es más bien una cuestión de temperamento y psicología, o que depende únicamente de la cantidad o modalidad del pecado. El tipo de persona seria, introvertida y morbosa que tiende a reaccionar gravemente y el pecador que ha pecado violentamente son los únicos que encuentran el gozo de la salvación. La persona media, normal, no está destinada a ello. Y ese es el motivo por que esta persona media corriente no solo admira y convierte en un héroe al cristiano converso que en una época fue un pecador violento, sino que en ocasiones llega casi a codiciar su pasada experiencia pecaminosa.

Galatas 1.9

Todo eso está completamente en contra de la enseñanza del evangelio y es una absoluta falsificación de todo lo que dice. Semejante idea solo puede ser fruto de un completo fracaso en la comprensión del evangelio. Se puede rechazar y refutar claramente por medio de la siguiente consideración: simplemente no es verdad que solo un cierto tipo de hombres o con un determinado tipo de carácter experimenten el gozo de la salvación, porque el hecho es que, en el pasado, todo tipo y clase de hombres lo han experimentado y sigue siendo así en la actualidad. Solamente el círculo de los Apóstoles muestra todas las posibles diferencias de trasfondo y carácter, pero todos disfrutaban de este gozo y así ha sido desde entonces. Estos detalles psicológicos suenan muy importantes y plausibles en teoría: la historia de la Iglesia trata de hechos. Los introvertidos y extrvertidos han disfrutado por igual del mismo

gozo, y el cambio del ayuno en fiesta ha sido tan común —si no más— entre las personas criadas en la iglesia (como lo fueron Lutero, Wesley y otros) como en aquellos que han vivido una vida malvada y pecaminosa de crimen y violencia. Pero, aparte de eso, el Nuevo Testamento no limita el ofrecimiento a cierto tipo de personas. Lo ofrece a todos. No establece distinciones entre un tipo y otro y nos asegura a todos que «el mismo Dios que está sobre todos es bueno para con todos». Dios no recompensa el exceso de pecado dando después un exceso de gozo. Indicar que lo hace no solo es imputar una acción inmoral a Dios sino también insultar su santo nombre. Pero el verdadero problema de las personas que sostienen semejantes ideas es que forman su opinión desde la perspectiva del sentimiento interno en lugar de partir del punto de vista de las realidades eternas objetivas.

Permítaseme ilustrar lo que quiero decir. Imaginemos a dos hombres que tienen problemas y dificultades en el mar y ambos se están ahogando. Un tercer hombre los rescata a ambos arriesgando su vida en el intento. ¿Se puede decir seriamente que su respectivo gozo, felicidad y gratitud estarán determinados únicamente por su carácter? Sin duda el carácter y la psicología prácticamente no tienen nada que ver con la cuestión. Lo que cuenta es la comprensión que tenga el hombre de su situación; su comprensión en primer lugar del peligro y después de su seguridad. El tipo de persona más flemático, estólido y menos emocional se alarma cuando piensa que se está ahogando y ve que su situación es desesperada, y su gozo y gratitud no conocen límites cuando comprende que ha sido salvado. No es el estado del hombre ni sus sentimientos los que importan, sino su aprehensión y apreciación de su posición y situación. Precisamente lo mismo sucede en relación con la religión. ¿Has comprendido tu situación? Olvida todo tu carácter y formación. Olvida toda tu educación y todo el pecado que has cometido. Olvida al pecador violento, olvida a las otras personas y simplemente considera tu caso. ¿Has comprendido cuál es tu situación en este momento? ¿Lamentas tu pecado? ¿Lo has lamentado alguna vez? Si no es así no es porque no seas pecador, sino simplemente porque no has comprendido que lo eres. Los niños no se asustan del fuego, las personas que

desconocen la electricidad no son conscientes del peligro de tocar un cable con corriente: los necios pasan por donde los ángeles temen pisar. Pero la ignorancia no afecta o cambia los hechos en lo más mínimo. Y los hechos son estos: la Biblia dice que todos nacemos en pecado; que todos hemos pecado realmente contra Dios; que, aun a pesar de que no hayamos sido gravemente pecadores a los ojos del mundo, ninguno alcanza la gloria de Dios y todos hemos quebrantado su ley. ¿Le has honrado como debieras? ¿Le has alabado y adorado como hizo Jesucristo? ¿Ha sido lo más importante en tu vida? ¿Has sentido una absoluta y completa dependencia de él y le has agradecido constantemente por toda su bondad para contigo?

Por encima de todo, afronta esta cuestión: ¿has sentido tu absoluta indignidad ante Dios? Porque todos los santos la han sentido. Solo personas como los fariseos, cuyo pecado condenó tan severamente nuestro Señor, se sienten satisfechas consigo mismas. La mayor prueba de la completa pecaminosidad es la satisfacción propia y la incapacidad para ver nuestra desesperada necesidad de la gracia de Dios. Solo aquellos que ven esa necesidad pueden regocijarse y alegrarse al ver la gracia y comprender lo que nos ofrece. ¿Te ha hecho feliz el evangelio de Cristo? ¿Hay una canción en tu corazón? Si no es así, se debe únicamente al hecho de que nunca has visto tu necesidad de ello. Pero considera esa necesidad de nuevo. ¿Cómo vas a enfrentarte a Dios? ¿Cómo vas a morar en el Cielo y a disfrutar de su pureza? ¿Cómo vas a satisfacer las exigencias de la ley? Saulo de Tarso se sintió impotente; el joven Lutero que había renunciado al mundo, vivía en una celda, ayunaba y oraba, sentía que no había esperanza alguna; el virtuoso John Wesley se sentía más y más consciente de su pecado. Lo mismo ha sido cierto de todos los más santos hombres que haya visto el mundo. ¿Y estás satisfecho y contento? ¿No ves tu terrible y alarmante situación? Humíllate. Llorar por tu pecado. Ayuna y arrepíentete. ¿Lo ves ahora? ¿Te preocupa? ¿Estás aterrorizado? ¿Ves la impotencia y la desesperación de tu situación? Bien, si lo haces, el evangelio tiene algo glorioso que decirte. Porque, maravilla de maravillas, es a personas como tú a las que envía este glorioso mandato de abolir el ayuno y dar comienzo a la celebración. Jesús no vino a salvar a justos sino

a pecadores. Aquellos que pueden nadar y salvarse a sí mismos jamás recibirán ayuda, solamente los que se ahogan y están desesperados pueden disfrutar del gozo de ser tomados por los brazos eternos de Dios en Jesucristo. Fue por estos por los que el Hijo de Dios no solo arriesgó su vida, sino que la entregó en rescate. Sí, a pesar del pecado y de la desobediencia que habían llevado a la destrucción del Templo y de la propia Jerusalén y a la cautividad en Babilonia —a pesar de toda la desobediencia y el pecado—, una vez que estas personas lo vieron, lo lamentaron y se arrepintieron y, llenos de vergüenza, pasaron sus días ayunando, Dios les perdonó y les dio el mandato de convertirlo en festividad y regocijarse. Si tú esta noche te sabes pecador, si tus pecados te entristecen y atormentan, si finalmente has visto tu necedad e iniquidad, si sientes que estás fuera del perdón y la esperanza, esta Palabra es para ti: ¡Regocíjate! ¡La fiesta debe ir antecedita esencialmente por el ayuno y tú lo has cumplido!

3. «¿Pero cómo puede ser esto?», dices. Permítaseme mostrarlo. Justo aquí llegamos al corazón mismo del glorioso mensaje del evangelio. El mandamiento de la celebración, el regocijo y la felicidad no se basa en sentimientos y emociones. Estas personas en Jerusalén no se sentían felices en aquel momento, pero eso no suponía diferencia alguna, Dios les ordena que sean felices. Esta felicidad tampoco se basaba en nada que hubieran hecho, porque lo único que habían hecho era pecar y desobedecer a Dios despertando así su ira, encontrándose en Babilonia en su desesperación e impotencia. Claramente, la felicidad y el gozo no se basaban en ninguna acción o actuación por su parte. Por lo que a ellos concernía, aún estarían en Babilonia. Su propio esfuerzo no podría haberlos sacado jamás de allí o haberles procurado la libertad. Fue la acción de Dios la que supuso toda la diferencia, y el mandamiento de celebrar fiesta y regocijarse siempre se basa en el hecho de lo que Dios ha hecho. Es la incapacidad de verlo lo que explica la amargura y la infelicidad en las vidas de muchas personas buenas que se esfuerzan por vivir la vida religiosa y piadosa. Eso es exactamente lo que descubrió John Wesley. Estaba haciendo todo lo que un hombre podía hacer y, sin embargo, no hallaba la felicidad. Pero de pronto la

poseyó. ¿A qué se debió? Simplemente a la comprensión de lo que Dios había hecho en Cristo. Cuando Wesley lo entendió, su corazón fue renovado y se volvió feliz. Lo mismo sucede con Lutero, Bunyan y los demás. Si consideramos el evangelio meramente como un plan y un proyecto vital, ya sea social o personal; si lo consideramos meramente como algo que nos llama a lo elevado y lo heroico y a cierto orden moral; jamás conoceremos el gozo y la felicidad que ofrece. Si consideramos la vida cristiana principalmente como algo que se debe hacer, lejos de hacernos felices nos hará desgraciados, porque seremos constantemente conscientes de nuestro propio fracaso. Pero la gloria del evangelio es que se basa en algo que Dios ha hecho de una vez por todas en la persona de Cristo. ¿Qué es lo que ha hecho? Queda perfectamente ilustrado en el caso de estos judíos en aquel punto. ¿Por qué ordena Dios a estas personas que se regocijen y sean felices y dejen de ayunar para celebrar una festividad?

a) Lo hace porque se ha eliminado la causa del ayuno. ¿Por qué ayunaban? A causa de su culpa, a causa de su vergüenza y debido al hecho de que se encontraban en Babilonia en lugar de estar en Jerusalén. Pero Dios había intervenido y a su manera les había traído de vuelta a Jerusalén. Les había restaurado a su antigua situación y lugar. Claramente, pues, había perdonado su culpa y les estaba ofreciendo un nuevo comienzo desde su vergüenza. «Regocijaos y celebrad —dice Dios—; la causa de vuestro ayuno y amargura ha sido eliminada». Eso es lo que principalmente nos dice en Jesucristo su Hijo. Dios ha actuado. Ha enviado a su Hijo unigénito al mundo para vivir, morir y resucitar de nuevo por nosotros y para nuestra salvación. «¿Cómo puedo celebrar y regocijarme?». Mira a Jesucristo en la cruz y ve tu culpa cargada en él y limpiada por él. «¿Cómo puedo ser feliz —dices— cuando estoy tan lleno de vergüenza a causa de lo que he hecho?». A lo que el evangelio contesta:

*El pasado será olvidado,
se concederá una felicidad presente.*

En Cristo hay un nuevo comienzo y ya no eres esclavo del pecado. Y, de la misma forma, te dice que toda tu posición y situación también han cambiado. En Cristo te conviertes en hijo de Dios y eres considerado como tal por él. Has sido un enemigo y un extraño, pero ahora eres un hijo. No consideres tus propios sentimientos, tu propia historia. Mira a Dios y la historia de lo que ha hecho en Jesucristo. Regocíjate, canta, clama, alégrate; Cristo ha limpiado tu pecado y te ha restaurado al favor de Dios que habías perdido. Sí, el regocijo se basa puramente en lo que Dios ha hecho.

b) Pero también se basa en lo que Dios hará. Estos judíos que se encontraban ahora en Jerusalén no tenían mucho de lo que regocijarse a su alrededor. El Templo no había sido reconstruido y se encontraban rodeados de problemas, dificultades y pruebas en todos los aspectos. La perspectiva y la situación no eran demasiado alegres ni prometedoras. Pero Dios les ordena que se regocijen, celebren fiesta y sean felices. ¿Por qué? En parte, como hemos visto, porque habían vuelto a Jerusalén. Estar de vuelta en Jerusalén aun en ruinas es mejor que estar en los palacios de Babilonia. Pero existe una razón mucho más fuerte para celebrar y regocijarse: ¡La brillante y gloriosa perspectiva de futuro! Se podía confiar en el Dios que les había liberado de Babilonia, de aquella situación insoportable, que les guardaría y sostendría hasta el fin. De haber confiado únicamente en sí mismos y en sus fuerzas, con todos sus enemigos a su alrededor, la estampa habría sido terrible y ominosa. Pero Dios estaba con ellos y el Dios que les había salvado también podía guardarles. «Aunque las cosas estén como están —dice Dios a estas personas—, regocijaos, yo estoy con vosotros. Confiad en mí. Celebrad vuestras victorias aun antes de obtenerlas». Ese es el mensaje que, al escribir a los romanos, Pablo expresa de la siguiente forma: «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida» (Romanos 5:10).

«¿Cómo puedo ser feliz —dices— siendo tan débil y frágil y el enemigo tan fuerte y poderoso? ¿Y el mañana? ¿Y el futuro?». ¡Déjalo todo en sus manos! ¡Confía en él! «Basta a cada día su propio mal» (Mateo 6:34). El Cristo que murió a fin de liberarte

y darte nueva vida y un nuevo comienzo no te abandonará. ¡Estará contigo hasta el fin! ¡Te sostendrá y guiará! Es debido a eso por lo que Pablo podía decir: «Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida [...] nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 8:38–39). Antes de escribir eso había dicho: «¡Miserable de mí!» (Romanos 7:24). Pero Cristo convierte en alegres a los miserables y en fuertes a los débiles. ¿Estás cansado de ti mismo y de tu pecado y te sientes débil e impotente? ¡Mira a Jesucristo y lo que ha hecho y comienza a cantar y regocijarte!

EVANGELIO
VERDADERO
Gálatas 1.9